

Divulgar en femenino. Desde la historia de las mujeres a ser divulgadora en redes

Knowledge in the Feminine: From Women's History to Digital Public Engagement

Patricia González Gutiérrez

Desperta Ferro Ediciones

patriciagonzalezgutierrez@gmail.com

 [0000-0002-9342-8609](https://orcid.org/0000-0002-9342-8609)

La historia de las mujeres y de género ha tenido que abrirse paso en un mundo muy masculinizado. Se suele decir que el inicio de la misma está en la escuela de los Annales, aunque no es realmente cierto. Ni la historia de las mujeres ni las historiadoras de dicha escuela tuvieron realmente un apoyo entusiasta por parte de sus pares. Hubo que esperar al empuje feminista para que, realmente, se empezara a hablar de una historia en femenino, de una historia de la diversidad, de una historia de colectivos tradicionalmente feminizados, como el LGTBIQ (González Gutiérrez, 2025).

Precisamente el influjo de los feminismos en el desarrollo y consolidación de la historia de las mujeres y de género ha provocado también reacciones machistas y una acusación de politización. Las nuevas perspectivas, que en su momento se despreciaron como un interés en cuestiones banales o menores, se empezaron a ver como ataques a una forma de hacer historia más tradicional. Y, sobre todo, cuando estas abandonaron la torre de marfil y permearon a la divulgación, de una forma u otra, se vieron como un ataque al orden social.

1. UNA HISTORIA EN MASCULINO NO GENÉRICO

La historia positivista era una historia masculinizada. Las mujeres han estado prácticamente ausentes, salvo por excepciones, usadas como modelos o contramodelos. Uno de los primeros libros sobre romanas, el de Roergas de Serviez, sobre las mujeres de la casa imperial, *Les Impératrices Romaines*, de 1720, se explaya en el prólogo con una disculpa por lo irrelevante del tema y se justifica diciendo que lo escribe para prevenir a los hombres de las maldades femeninas (Cid López, 2010, pp. 685-702).

Lo mismo se aplicaba a la divulgación y la representación histórica en las instituciones. En muchos museos, en que se conservan proyectos de musealización



antiguos o “tradicionales” podemos percibir aún esta exclusión de las mujeres (la representación gráfica de los árboles o líneas evolutivas es, quizás, una de las imágenes más representativas), infancias, colectivo LGTBIQ, la discapacidad o racialización; también de los elementos problemáticos, tanto de los que destacan los elementos más “sucios” del mundo bélico como de los elementos que se salen de nuestros valores, como los genocidios, la pedofilia e incluso la esclavitud. Se crearon, así, museos “aptos para todos los públicos” que escondían los problemas sociales y crean un relato aséptico, o incluso propagandístico, de las conquistas y movimientos de pueblos.

Por otro lado, la mayoría de estas imágenes se crearon, como tópico, en el siglo XIX y trasladaban la idea de la sociedad decimonónica al pasado. Un buen ejemplo son las imágenes de mujeres en cuevas, no haciendo nada, criando o recolectando, mientras los hombres aparecen cazando, pintando o tallando. La imagen es tan potente que se ha trasladado a todas las imágenes de la prehistoria, incluso las de los juguetes, como podemos ver, por ejemplo, en la imagen elegida para promocionar el set dedicado a la prehistoria de Playmobil.

Las nuevas corrientes historiográficas han supuesto una renovación no solo en la historia escrita, sino también en su transmisión al público, y de ello es un buen ejemplo la transformación paulatina de los proyectos museísticos (Hornos and Rísquez, 2000, pp. 175–186; Querol, 2013, pp. 63–80). Cuestiones como la ausencia de las mujeres en las representaciones gráficas, el olvido de la infancia o la discapacidad o la exhibición de restos humanos o la “folklorización” de otras culturas mediante un discurso colonial se han puesto en los últimos años sobre el tapete, no sin polémica (Gifford-Gonzalez, 1993, pp. 3–21; Fabien van Geert, 2020).

Todo ello ha tenido que dar luego el salto a la divulgación generalista como tal, con proyectos en forma de charlas, libros, podcast, cuentas en redes sociales... que se enfrenta, aún más que en la academia, a una serie de prejuicios profundamente enraizados en la sociedad. La divulgación española, durante mucho tiempo, fue algo que se hacía, en general y salvo honrosas excepciones, como la revista *Historia 16*, de forma independiente de la academia, por parte de personas que no eran historiadoras ni tenían formación específica, como un *hobby* o dentro de programas generalistas. La ANECA, encargada de evaluar becas y acreditaciones, durante mucho tiempo fue reacia a reconocer la divulgación como parte del trabajo académico, por lo que alejó, al contrario de lo que sucedía, por ejemplo, en los países anglosajones, a los investigadores de la diseminación del conocimiento a un público amplio.

Todo ello está cambiando a bastante velocidad en los últimos años. Los documentales eran una de las grandes excepciones a esta dinámica, aunque funcionaban de una forma autónoma y particular, sin continuidad en el tiempo. De hecho, es el principal medio en muchas regiones y entre muchos grupos sociales

para el conocimiento histórico (O'Connor, 2001, pp. 1200–1209; Paz, 2015, pp. 275–302; Hernández Corchete, 2008). A este medio audiovisual se ha unido el uso de las nuevas tecnologías en la difusión del patrimonio o los podcasts históricos. Asimismo la recreación histórica, que se ha ido organizando en Europa desde los años ochenta y que llegó a España con algo de retraso, ha ido evolucionando de un ámbito eminentemente militar y con cierta dosis de banalización de la historia a un medio efectivo de divulgación, con una mayor recreación de la vida cotidiana, del contexto social y con un asesoramiento cada vez más profesional (Español y Franco, 2021).

El machismo, además, vende. La perpetuación de mitos misóginos como los de la supuesta ninfomanía de las mujeres romanas, egipcias o griegas, o las historias de gobernantes descontroladas sexualmente, siguen siendo un *bait* en medios escritos y visuales. Desde las películas sobre Mesalina como una femme fatale hasta la idea de la “perversión romana” que se refleja en el imaginario colectivo o la obra de autores como Carcopino (Carcopino, 2001), los mitos históricos misóginos han sido una costumbre poco cuestionada. Así, en 2018, podíamos leer en *El Español* un titular que rezaba “Cleopatra, la experta en felaciones conocida como ‘la boca de 10.000 hombres’”. El artículo no mejoraba el titular, sin que, por supuesto, se aportara ningún documento que respaldara las peregrinas afirmaciones de quien lo escribió (*El Español*, 2018).

2. IDEOLOGÍAS VISIBLES E INVISIBLES

Como hemos dicho, las propuestas de renovación y aplicación de nuevas perspectivas no han sido siempre bien recibidas, y ciertos sectores de la población han expresado burlas y quejas por todo lo que se saliese del discurso positivista y más tradicional. “Politización sectaria” o “basura woke” son términos repetidos por quienes quieren evitar debates sobre cómo se construyen los discursos históricos. De nuevo, la acusación sobre el sesgo ideológico, resumido como “la ideología”, obvia los problemas que ha supuesto una visión colonial, racista, androcéntrica o LGTBIfóbica en la representación de nuestro pasado, invisibilizando aquellas ideologías que han sostenido el orden social hegemónico en cada época. Al final, cualquier reconstrucción de nuestro pasado supone tomar una serie de elecciones, sobre todo cuando se trata de qué se expone o qué se oculta (Aparicio, 2025).

También ha habido problemas con algunos intentos de contextualizar a ciertos autores o las circunstancias de ciertas obras, sobre todo en las pinacotecas, tradicionalmente más conservadoras en su discurso museográfico que los museos arqueológicos o antropológicos. Aun así, han surgido debates en torno a artistas especialmente problemáticos, como el caso de Gauguin, en torno a cómo exponer obras en que entran temas tan delicados como la pederastia y el abuso sexual (Elephant, 2020; Independent, 2019). Mucho se ha enfatizado en los últimos años, por ejemplo, cómo la forma de exponer y nombrar las escenas de abuso sexual y violación en el arte contribuye a la normalización de dichas violencias. Podemos

pasar sin el más mínimo sentimiento de incomodidad, solo apreciando la belleza de la obra, por salas que muestran una violación tras otra.

El imaginario colectivo tiene un claro sesgo masculino, algo que tiene causa y consecuencia en que la historia divulgada haya sido tradicionalmente positivista, con un foco muy fuerte en figuras consideradas heroicas, batallas y movimientos políticos. Las figuras de las mujeres han sido escasas, estereotipadas e incluidas en esas “mujeres fuertes” que sirven, además, de descarga de responsabilidad (¿como va a ser la historia androcéntrica si hablamos de Isabel la Católica y María Pita?). Esto no viene de la nada, y ha existido un círculo vicioso entre cómo se ha estudiado la historia desde la Academia, cómo se ha utilizado por parte del Estado, partidos y políticos y cómo se ha trasladado al público a través del arte, los audiovisuales o la divulgación.

Aunque esta visión no era inocente en muchos casos, naturalizaba unas exigencias especiales si se quería hablar de mujeres u otros colectivos minorizados. En abril de 1985, Lawrence Stone reseñó dos libros relacionados con la historia de las mujeres para *The New York Review of Books*. Se sintió en la profunda obligación de, antes de pasar a reseñar el trabajo de dos compañeras de profesión, realizar un decálogo explicándoles cómo hacer su trabajo (Stone, 1985). El primer mandamiento era no escribir sobre mujeres si no se relacionaba también con los hombres o las infancias, porque es necesario conocer las interacciones entre ellos. También decía que no se debía confundir la norma con la realidad social o que no se debían usar tres o cuatro biografías para describir la experiencia de la mayoría. Asimismo, decía, no se debía usar la historia para apoyar el feminismo y recordar que los cambios no los realiza una minoría y que son siempre relativos. Perfecto, diríamos... pero ¿Se aplicaba el ilustre autor sus propias normas? ¿Por qué especificaba que eran normas aplicables a la historia de las mujeres? ¿Alguien jamás las explicitó o aplicó a la historia “masculina”?

Las respuestas parecen evidentes. La historia se había construido tradicionalmente sin mujeres ni niños y a nadie le había importado. La historia había sido tradicionalmente la de los grandes hombres, con una idea de que eran los reyes y generales quienes cambiaban el mundo. Las fuentes se habían leído al pie de la letra sin plantearse que la realidad que nos muestra la arqueología no siempre coincidía con lo que nos decían los grandes moralistas. Y aún sigue pasando. La Historia, con mayúsculas, era la de los hombres y la política, con la que todo el mundo debía sentirse identificado (e identificada), mientras que el resto eran historias particulares y diminutas. Todo el mundo debía considerar a César como su pasado, pero solo las mujeres podían ver en Livia a su antecesora. Y este ha sido el punto clave que ha permitido obviar, ignorar o despreciar la investigación y la divulgación “en femenino”.

Ha existido, además, tradicionalmente (y aún se conserva), un doble rasero en que las cuestiones relacionadas con la historia de las mujeres deben probarse hasta la extenuación, sin posibilidad para la teoría, y con una certeza más allá de lo razonable, mientras que nadie jamás pidió dichas pruebas para lo que se consideraba “de sentido común” (González Gutiérrez, 2018, pp. 55–67; Sánchez Romero, 2022). Así, mientras que hace falta que una cazadora prehistórica se aparezca en un museo para explicar cómo abatía ciervos, nadie jamás pidió pruebas para afirmar que los hombres cazaran, o pintaran o realizaran industria lítica. Lo mismo pasa con el trabajo femenino, sobre todo si se asocia a lo físico o el prestigio. Necesitamos muchas más pruebas que para cualquier afirmación relacionada con la historia de los grupos “normativos”. Parte de estas estrategias son intencionadas, en lo que en el mundo anglosajón ha venido llamando *sealioning*, es decir, una estrategia para hastiar al interlocutor basada en las preguntas malintencionadas, el cambio de foco cada vez que se agota una rama, la repetición de preguntas, el rechazo de las respuestas y la petición incansable de fuentes y pruebas. De hecho, el nombre viene de un cómic que ejemplificaba con un león marino parlante la estrategia (Wondermark, s. f.).

Las redes son un ejemplo perfecto de la proliferación de las estrategias malintencionadas. El anonimato y la capacidad de interacción automática, sin reflexión, permiten ver algunos de los sesgos más asentados, pero no siempre visibles. La negativa, por ejemplo, a aceptar que las mujeres cazaban en la prehistoria o trabajaban en el mundo clásico viene, precisamente, de un prejuicio ideológico y, por tanto, se niega basándose en supuestos ejemplos antropológicos (cuando, en realidad, en muchos grupos modernos las mujeres sí cazan), o en una supuesta tradición de domesticidad generalizada que solo se ha dado en ciertas épocas y grupos sociales privilegiados, mientras que la mayoría de mujeres han tenido que trabajar en los talleres familiares o en trabajos externos (Anderson *et al.*, 2024; Alfaro Giner, 2010, pp. 15–38; González Gutiérrez, 2021, cap. 6; Segura Graiño, 2001, pp. 109–120). Los datos se vuelven irrelevantes en este tipo de debates o, en muchas ocasiones, se niegan o ignoran.

3. LA HISTORIA ES “COMO LA PAELLA”

Todos estos sesgos androcéntricos y las reacciones violentas a los cambios de paradigma en la historiografía no nacen del vacío. La asociación entre pasado y presente hace que el análisis de las dinámicas sociales del pasado que hoy (o incluso en ese momento) se considera(ba)n perversas, se tome como un ataque personal, sobre todo aquellas que han dejado un claro rastro en el presente. ¿Por qué el título de este apartado? Porque es comparable a esas cuestiones que son claramente identitarias, pero pasan desapercibidas en la vida cotidiana, como la forma de comer. Las reacciones humorísticas o indignadas ante un inglés que echa chorizo o piña a la paella dejan de ser inocentes cuando nos planteamos, por ejemplo, por qué se responde sistemáticamente en redes o en grupos sociales al veganismo con fotos

de asados, salchichas o filetes. La agresividad, en esos casos, sea ante una persona que realiza un activismo o simplemente frente a un particular que comparte una receta, nos dice mucho de cómo se percibe la identidad y, en este caso concreto, la masculinidad. Precisamente la vinculación tradicional de la carne con una masculinidad normativa hace que posibilidades como el veganismo sean vistas no como opciones, sino como ataques (Adams, 1990).

Todo ello en un ambiente en que la recreación de los pasados violentos tiene un público especialmente amplio, a través no solo de las series, videojuegos o películas, sino también de la propia forma de musealizar los restos materiales de las guerras, conquistas y represiones o del propio paisaje urbano y sus lugares de memoria, como las esculturas (Grever y Van Nieuwenhuyse, 2020, pp. 483–500; Venegas, 2023).

En ocasiones se llega a negar la existencia o la capacidad de formar parte de la historia de ciertos grupos. La indignación ante una serie sobre Alejandro Magno en que se afirmaba que se había “hecho gay” a Alejandro es un buen ejemplo. También algunos comentarios y comparaciones en redes sociales. Uno de ellos rezaba “Y de los extraterrestres quien se acuerda e? (sic) Quién? Otro colectivo discriminado por los arqueólogos” en respuesta a un tuit de *El País* que enlazaba una entrevista a Marga Sánchez Romero en que reflexionaba sobre la necesidad de estudiar a las mujeres en la historia. De nuevo, el retorno a calificar de “woke” o invención a todo aquello que se salga de la historia más tradicional y positivista.

Es paradójico que la divulgación de la historia de las mujeres o de otros colectivos sea, además, calificada de presentismo. El término se usa sin demasiado conocimiento sobre el significado real del mismo. De hecho, se suele aplicar para evitar una crítica a cuestiones del pasado que hoy resultan incómodas a ciertos grupos, como la legalidad de ciertos tipos de violación o violencia de género, la esclavitud o el exterminio de pueblos. Esa negación de la alteridad moral del pasado, que lleva a una identificación personal con el mismo resulta peligrosa, y conlleva la invisibilización de aquellos aspectos que no gustan o que, incluso, parecen estéticamente feos. No hay mayor ejemplo de presentismo, al querer igualar los valores actuales con los de sociedades pasadas. Para la negación del análisis histórico también se tiende a negar la capacidad de aplicar categorías de análisis modernas, como el género al pasado porque “no se tenía el concepto”, ignorando dicho reclamo en otras cuestiones como la idea de nacionalidad o Estado, o periodización (cuando se habla de Reconquista o Edad Media, por ejemplo)

El mundo clásico ha sido tomado siempre como un *exemplum*, como un modelo idealizado, en Occidente, pero las nuevas producciones remarcan ese imaginario, como pasa en el caso de la película de 300, de Snyder. Hay que entender que la fórmula *historia magistra vitae* no es vista como una forma de entender el mundo y de dónde vienen los usos sociales presentes (como se concibe la historia como

disciplina actualmente), sino como una inspiración, que tiene que ser épico y luminoso (Hodkinson, 2022, pp. 59–84). Como con las fuentes antiguas, la importancia real de la veracidad y el rigor se diluyen en favor de un relato épico, de unas consignas políticas o de un sentimiento de comunidad. En este marco, las historias más “sucias” o que estudian la violencia o los grupos discriminados se ven, como hemos dicho, como un ataque a la identidad y el orden social.

4. LA EXTREMA DERECHA Y LA APROPIACIÓN DE LOS CLÁSICOS

En la actualidad, además, hay una clara fagocitación del mundo clásico por parte de la extrema derecha y los movimientos identitarios (du Bois, 2021). De un mundo clásico, por supuesto, cargado de épica y testosterona. Gladiadores y soldados, legionarios y emperadores, espartanos y romanos... En parte la simbología tiene asociaciones claras. El uso, por ejemplo, del lema “*molon labe*” y la lambda, así como la batalla de las Termópilas en general, se asocian a un supuesto momento de “freno” a los persas, asociados a lo oriental, inmigración como conquista (Naerebout, 2022, pp. 59–84).

En Estados Unidos la apropiación y uso de la imagen de militarismo espartano y romano ha sido especialmente visible. En el asalto al capitolio de enero de 2021 varios de los asaltantes llevaban cascos y motivos inspirados en la antigua Grecia, y la congresista republicana Marjorie Taylor Greene llevó en algunas ocasiones una mascarilla con el lema de “*molon labe*”. Otras imágenes que nos dejó el asalto, además de los movimientos posteriores, fueron los lemas, pancartas y memes que asociaban a Trump a César cruzando el Rubicón, que se hicieron con IA o superponiendo su cara a imágenes de Máximo Décimo Meridio, de *Gladiator*.

El grupo neofascista *Identity Evropa* también recurrió al arte clásico para ilustrar sus carteles propagandísticos, bien con esculturas del mundo antiguo o de personajes del mismo. Tampoco en España nos hemos librado de ese tipo de imágenes y se hizo viral una imagen que asociaba a los líderes de VOX con los espartanos, usando una imagen de la película *300* (El Periódico, 2019). También inició su campaña de 2019 en Covadonga, aludiendo a un mito fundacional, o colgó una foto en su cuenta oficial de Santiago Abascal con un morrión, en respuesta a un tuit de Pablo Casado con la llamada “cruz de la victoria” de Oviedo en que se alzaba como defensor e iniciador de una nueva “Reconquista”. En 2016 VOX ya había sacado un video promocional en que una de las escenas recreaba la famosa imagen de *Gladiator* en que el protagonista pasa la mano por un campo de trigo.

Aquí entra también la influencia del cine en particular y los medios audiovisuales en general. El nuevo furor por los espartanos deriva mucho más, precisamente, de la película de *300*, de Zack Snyder, que de una recuperación de la tradición clásica del “*mirage espartano*”. Lo mismo pasa con las nuevas producciones bélicas, en un sentido amplio, centradas en Roma, ya sea *Gladiator*, las series de *Spartacus* o *Roma* (Aguado, 2020).

Si la historia se usa como elemento identitario y unificador en torno a una ideología, el machismo no resulta tampoco una gran ausencia. Una de las imágenes más populares de la campaña presidencial de Donald Trump en 2016 fue la que le representaba como Perseo con la cabeza de Medusa, caracterizada como Hillary Clinton, en una imagen que hace aflorar no solo componentes políticos de apropiación de un pasado clásico, sino unas grandes dosis de misoginia y violencia contra las mujeres. En un contexto de exaltación del militarismo, la presencia femenina resulta complicada, aunque sea necesario incluirlas, y el androcentrismo se vuelve un elemento central que, en muchas ocasiones, resulta en agresividad.

No solo en las imágenes vive este sesgo androcéntrico. “Phalanx” tienda de ropa y *merchandising* de movimiento extrema derecha, con símbolos como cascos griegos unidos a “movimiento identitario”. De hecho, en algunas de estas tiendas se nota el enfoque claramente masculino. Si comparamos en algunas de ellas, como puede ser *Ansgar Aryan*, la cantidad de productos, como la ropa, enfocados a hombres y mujeres, los primeros son abrumadoramente más en número y variedad.

En esta y otras tiendas de este estilo puede observarse que la cantidad y variedad de ropa y objetos dirigidos a las mujeres es mucho menor, por lo general, que los enfocados a un público masculino. El público objetivo está claro, pero también es un elemento consciente e ideológico.

Cuando la divulgación y la investigación sobre el mundo clásico “desmontan” o se alejan de esa imagen guerrera y masculina, cuando se habla de mujeres romanas, de discapacidad, de infancias, de vida cotidiana, de tragedias y se expone el lado más oscuro de la violencia, no se entiende como un complemento o como un estudio válido, sino como una agresión a esa identidad.

En España la apropiación de los clásicos compite (y no siempre gana) con los mitos y elementos históricos identitarios medievales y modernos, como Covadonga, la Reconquista o el imaginario en torno a los tercios, como hemos visto con el ejemplo de las campañas de VOX. Por un lado, son mitos nacionales que han sido ampliamente exaltados por la dictadura, mientras que el pasado romano es ambiguo, con la frecuente exaltación de los episodios de resistencia como Numancia. Por otro lado, la carga clasista en torno a lo que en el mundo anglosajón define como *classics* (una mezcla de filología clásica e historia antigua) es mucho menor en nuestro país (Skinner, 1987, pp. 181–186). Hay que tener en cuenta que John C. Calhoun, en el siglo xix, había llegado a decir que solo el día que conociera a un negro que supiera de sintaxis del griego clásico creería que los negros eran humanos. Asimismo, existe una complicada relación entre la historia y la investigación de la misma. Para la reapropiación se hace necesaria la exaltación del imaginario colectivo y la vocación no profesional. Por otro lado, requiere descartar la investigación profesional, por su complejidad y diversidad de aproximaciones y por su labor de deconstrucción de los mitos.

5. DIVULGAR DESDE LOS MÁRGENES

Divulgar historia de las mujeres, especialmente dentro de la historia antigua, como hemos visto, supone enfrentarse a muchos problemas. Sin embargo, hay un segundo factor que marca decisivamente la divulgación, y es el género de quien divulga. Ser mujer, en estos casos, supone un factor diferencial, como también lo es pertenecer a grupos que se consideran feminizados, como el colectivo LGTBIQ.

Aquí surgen problemas que son comunes a otras ramas de la divulgación científica. De hecho, cuando se pregunta a distintas divulgadoras, las respuestas suelen ser parecidas. Un ejemplo es el video que hizo Emily Graslie, que llevaba en ese momento un canal de divulgación para el *Field Museum of Natural History* de Chicago, respondiendo a la pregunta de si había sufrido sexismo en su labor de divulgadora científica (enlace disponible en *Youtube*). Habló sobre la escasez de mujeres en ciertos campos de divulgación, sobre cómo era un problema similar al de los techos de cristal en otros ámbitos laborales o sobre los comentarios desagradables o inquietantes que recibía.

También han surgido, con una fuerte base *online*, movimientos de exaltación de un tipo de masculinidad, en cierto modo, relacionada con la masculinidad hegemónica tradicional, mezclada con componentes de misoginia exaltada, resentimiento y con la cosificación de las mujeres y el culto al cuerpo. Estos han recurrido, en los últimos años, a una identificación con una cultura clásica hipersimplificada, sobre todo con el estoicismo. Esta se reduce, muchas veces, a frases motivacionales y a un concepto de individualidad, más que al espíritu de la escuela filosófica. Aunque Marco Aurelio se lleva la palma entre las citas de estos grupos, también se recomiendan obras de Séneca o Epicteto (Zuckerberg, 2019, pp. 45 ss.). Algunas de estas comunidades misóginas, como la incel y otros grupos de la “manosfera”, han hecho del acoso en redes y el ataque a las mujeres un elemento fundamental de su identidad (Mantilla, 2015). Campañas de acoso como la conocida Gamergate, de 2014, son cada vez más frecuentes. La exposición que requiere la divulgación o el activismo en redes pone a las mujeres en su punto de mira.

Asimismo, parte del ataque a lo “woke” es identificar la educación básica o el respeto a la dignidad y los derechos de la gente como “corrección política” e intentar convertir el insulto en una especie de seña de identidad. Entra dentro de lo que Mauro Entrialgo definiría como “malismo” (Entrialgo, 2024). Así pues, el uso del acoso on line, el insulto y el “trolleo” se han convertido en una herramienta más para ciertos grupos, que proporciona a sus individuos validación de grupo. Y, en muchos casos, permite monetizar estas actitudes, a través de las redes sociales o al crear una comunidad entregada dispuesta a tragar con lo que sea, sean mitos históricos o actitudes de acosador de colegio.

Los insultos sobre el físico o la (supuesta) vida sexual, las amenazas o deseos de violación o asesinato, o los acosos continuados en el tiempo son características de lo

que se ha venido a llamar “troleo de género” o “gendertrolling”. Las mujeres con una cierta exposición en redes, sea por el motivo que sea, sufren este tipo de acoso de forma habitual, y este aumenta cuando se combina con ciertas características de su exposición, como la divulgación en temas “sensibles” para ciertos grupos o sobre la existencia misma de dichos grupos. Así pues, la actividad en redes sociales, que permite interactuar directamente con las investigadoras, se presenta como un lugar especialmente potente de divulgación, con la posibilidad de compartir la información, resolver dudas y ampliar la información, pero también un lugar especialmente sensible a la violencia (Piñeiro Otero *et al.*, 2024).

En todo ello juega un papel importante, también la impunidad que proporcionan las redes sociales, no solo por el anonimato que permiten, frente a las víctimas, que suelen mostrar su nombre y apellidos, sino también por los escasos medios de denuncia y control de la violencia. En algunas, como el actual X, antes Twitter, los bloqueos han perdido eficacia, al no impedir la visibilidad para la persona bloqueada, y resulta enormemente complicado que se penalicen los tuits machistas, lgtbifóbicos o racistas (EXIST Project, 2021). Esto permite que cuentas dedicadas en exclusiva o de forma activa al odio y el acoso campen a sus anchas sin mayores consecuencias, pese a las normas que, en teoría, penalizan dicha actividad. De hecho, fue el caso del acoso y las amenazas a Caroline Criado-Pérez, que recibió a miles tras pedir al gobierno británico que incluyera más imágenes de mujeres en los billetes, lo que llevó a algunas redes sociales a facilitar un medio de denuncia en las propias plataformas, con un éxito relativo y la advertencia sobre que no serviría para “simples insultos”. Se calcula que más del 70% de las víctimas de abusos *online* son mujeres y que por cada cien mensajes sexualmente explícitos que reciben las mujeres, los hombres recibirían menos de cuatro (PSMag, 2013).

La libertad que proporciona un espacio que permite que solo importen las palabras y que hizo a Donna Haraway escribir “prefiero ser un ciborg que una diosa” (Haraway, 1984, pp. 65–107), tiene su cara más oscura en la libertad que proporciona para ejercer violencia sin consecuencias. “Gorda”, “Charo”, “No sirves ni para ser violada”, “vaca”, “Escoria”... Son insultos que pueden verse a diario, y que caen, una y otra vez, sobre las diversas divulgadoras. Los insultos físicos a los hombres, aunque pueden afectar al físico (“calvo”, “gordo”, entre otros) normalmente se centran más en la feminización (y quizás no debamos obviar cómo la estatura, la calvicie o el sobrepeso se usan como elementos de feminización), con adjetivos como “sojas” o “planchabragas”. También son habituales las amenazas directas, bien en forma de amenazas y fotos sexuales o comentarios como “te vamos a matar”, “a ver si te dejan ir a una excavación pero ten cuidado si no topas con una mina antes (sic)”. Asimismo, la modificación de fotos de las divulgadoras como forma de burla o amenaza también se ha convertido en un recurso habitual.

Las campañas de acoso pueden prolongarse en el tiempo. Es decir, no son solo acciones puntuales de particulares, sino que pueden durar semanas, meses o años

(como pudo verse en el Gamergate), y desarrollarse de forma coordinada. Hay personas que pueden seguir durante meses a una divulgadora insultándola de forma habitual, cambiando de cuenta si se la llegan a bloquear o eliminar, o personajes con gran capacidad social que pueden dirigir a sus seguidores para que violenten a ciertas personas en concreto. Helen Lewis, una de las primeras periodistas en hablar abiertamente de la misoginia online acabó por dar nombre a la llamada “Ley de Lewis”, que afirma que todo post sobre feminismo se justifica por los comentarios al mismo. La cantidad de comentarios insultantes o agresivos se ve también en cualquier artículo, post en redes o reseñas de libros que hable de historia de las mujeres o de género.

En un rango menor pero que, en casos extremos, ha tenido consecuencias poco deseables, está lo que se conoce como “relaciones parasociales”, en que los seguidores de un personaje conocido consideran que existe un vínculo emocional que, en realidad, no se da. Esto puede llevar a la exigencia de atención, a las amenazas en caso de no cumplirse las expectativas o la decepción ante una respuesta indiferente.

Mary Beard ha sido especialmente visible en su denuncia ante estas actitudes y esta forma de trolleo. También sobre las estrategias de silenciamiento de las mujeres en otros campos y cómo se aplican dentro y fuera de las redes sociales (The Guardian, 2014). Su posición como académica, unida a su exposición en medios audiovisuales y su negativa a presentarse de una forma “normativa” han sido una combinación explosiva. Su manifiesto *Women & Power* se inicia con un capítulo titulado “*Public voice of women*” y una historia muy significativa, la de Telémaco haciendo callar a su madre, Penélope, y mandándola a sus habitaciones (Beard, 2017). Es una historia que, sin la relación familiar de por medio, se ha repetido una y otra vez en la historia de la humanidad. Como bien dice, la mujer que se atreve a hablar en público, incluso si no es silenciada, tiene que pagar un alto precio.

Por otro lado, en un mundo tradicionalmente masculinizado como es el de la divulgación (y ha sido la Academia hasta hace muy poco), resulta habitual que se den los conocidos como “*all male panel*”, es decir, congresos y eventos en que no hay ninguna mujer... incluso en aquellos en que se habla de temas relacionados con las mujeres. Asimismo, hay una cierta tendencia a la “tokenización” de las investigadoras y divulgadoras, precisamente para evitar los reproches a ese tipo de situaciones, y a crear eventos, conferencias y charlas en que se invita a mujeres exclusivamente en fechas destacadas como el 8 de marzo o el 25 de noviembre, o a hablar de “ser mujer en”.

Las mujeres, además, pierden el “nombre” en muchas ocasiones. Es algo que ya se ha estudiado en torno a la comunicación periodística, cómo ellos son citados por su nombre y apellidos mientras ellas se convierten en “una mujer” o “la mujer de” o, peor, en “una chica”. También existe la tendencia a pensar que todo artículo o libro

firmado por un pseudónimo o en que solo se cita la inicial del nombre es de un hombre. Como diría Virginia Woolf, anónimo siempre ha sido nombre de mujer. De nuevo pasaré a la primera persona. Tras una polémica con un conocido comunicador sobre si en la Armada británica había o no personas negras en época napoleónica, a raíz de una escena en una película, este hizo un video. En el mismo se citaba a las dos personas con quien más se había enganchado. Mientras al otro divulgador le citó por el nombre, yo me vi reducida a “una historiadora”.

La condescendencia de ciertos hombres al hablar con mujeres cristaliza en lo que se ha llamado “mansplaining” o “machoexplicación”. Es decir, hombres que, haciendo gala del efecto Dunning-Kruger, intentan explicar a mujeres el propio campo en el que ellas son expertas. De hecho, el término nace del libro de Rebecca Solnit *Men Explain Things to Me* (Los hombres me explican cosas), en que narra como un hombre le intentó explicar un libro del que ella era autor y que él, obviamente, no se había leído. Aquí puedo pasar a la primera persona y contar algunos de los comentarios más hilarantes recibidos en redes (en un sentido amplio). Un señor, en un comentario a una entrevista sobre el libro *Soror*, me intentó explicar que no tenía ni idea de lo que hablaba porque ¿cómo iba Livia a haber sido madre y abuela de emperadores si no tuvo descendencia con Augusto y “vivió 29 años” (sic)? Tardé un rato en darme cuenta que no había siquiera manejado bien las cifras antes y después de Cristo y por eso le salía esa edad. Aun así, intentaba darme lecciones. Otro señor intentó darme lecciones sobre por qué Cleopatra sí era una “puta” porque se había acostado con “el tío y luego el sobrino”. Tardé otro rato en darme cuenta de que se refería a César y Marco Antonio, de los que había confundido a sus ascendientes femeninas. Otro dijo que no tenía ni idea sobre prehistoria porque ¿cómo iban a cazar las mujeres si no había “bifaces adaptados” (sic)? Se enfadó mucho cuando le puse la foto de una vitrina con bifaces de distintos tamaños. Más de una divulgadora ha sufrido lo mismo que Solnit, sobre todo cuando escribía blogs en que no quedaba clara la autoría o cuando se firma solo con la inicial. De hecho, la reacción ante un contenido varía cuando la autora es visible frente a una escritura más anónima. Aquí cabe recordar a Laia San José Beltrán, que lo ha sufrido frecuentemente en relación a su trabajo en el blog de divulgación *The Valkyrie's Vigil*, sobre vikingos, también un tema muy masculinizado.

El “sentido común”, en estos casos, suele jugar malas pasadas y, en muchos casos, se vuelve una estrategia consciente. Si siempre ha sido así, si cuela, si existe el mito, lo que puedas pensar se convierte, automáticamente, en la realidad, sin que sea necesario respaldar la afirmación con ningún dato, siquiera, informarse. El sesgo de confirmación de “¿cómo no va a ser verdad si coincide con lo que quiero?” es peligroso y crea historias brillantes, épicas y cómodas... aunque sean falsas. Esto, en parte, además de la cuestión identitaria, explica la dificultad para desmentir mitos históricos recurrentes en el imaginario colectivo, como que Isabel la Católica abolió la esclavitud, el PSOE votó en contra del sufragio femenino o que las mujeres no trabajaban hasta el siglo XX.

6. CONCLUSIONES

Un mundo de noticias falsas necesita poner en duda a los expertos, un mundo de discriminación necesita callar a los discriminados, un mundo en que ciertos sectores pretenden apropiarse la historia, necesita de violencia contra quien se sale de esas líneas.

La combinación entre el uso político de periodos históricos como el mundo clásico y la necesidad de borrar ciertos aspectos del mismo para convertirlo en algo útil, el auge de los movimientos misóginos en redes y la tradición masculinizada de la Academia y la divulgación complican una divulgación en femenino. No solo cuesta más llegar al gran público, sino que requiere que las divulgadoras paguen un precio en cuanto a salud mental e incluso física.

No todo es terrible. Las cosas han cambiado mucho y también existen grandes comunidades, nuevos espacios de divulgación y redes de apoyo. En la Academia hace décadas que la historia de las mujeres y de género no se cuestionan (salvo excepciones) y que ha aumentado la consideración de la divulgación y su necesidad. En la divulgación cada vez más se es consciente de la necesidad de la diversidad de puntos de vista y de la presencia femenina. La recreación cada vez más abarca la vida civil y de las mujeres y ya no se limita a lo militar. Cada vez más público accede a una divulgación histórica de calidad y diversa. Cada vez hay más divulgación sobre la historia de las mujeres y más divulgadoras.

Pero no podemos cerrar los ojos ante violencias y problemas que aún siguen presentes, precisamente porque es nuestro campo de estudio. La frase de que toda historia es historia contemporánea nunca tuvo tantos matices. Necesitamos buscar redes de socialización y apoyo, soluciones a las campañas de acoso y entender cómo funcionan estas dinámicas para que las historiadoras, investigadoras y divulgadoras no sigan pagando un alto precio por su trabajo y su exposición.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, C. J. (1990) *The sexual politics of meat: A feminist-vegetarian critical theory*. New York: Continuum.
- Aguado, O. (2020) 'El "efecto Gladiator" 20 años después: cine "de romanos", Champions, memes y extrema derecha', *Proyecto ANIHO – ANIWEH Project*. doi: 10.58079/b5uk.
- Alfaro Giner, C. (2010) 'La mujer y el trabajo en la Hispania prerromana y romana', *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 40(2), pp. 15–38.
- Anderson, A. et al. (2024) 'Correction: The myth of man the hunter: Women's contribution to the hunt across ethnographic contexts', *PLOS ONE*, 19(8), e0309543.
- Aparicio, P. (2025) *Ventanas al pasado. La reconstrucción de la historia con imágenes*. Madrid: Akal.
- Beard, M. (2017) *Women & power. A manifesto*. New York: Liveright.
- Carcopino, J. (2001) *La vida romana en el apogeo del Imperio*. Madrid: Temas de Hoy.
- Cid López, R. M.^a (2010) 'Mujeres "poderosas" del Imperio romano en la historiografía moderna. Algunas notas críticas a las visiones de la Ilustración y su influencia', in Fornis,

- C. et al. (eds.) *Dialéctica histórica y compromiso social: homenaje a Domingo Plácido*, pp. 685–702. Madrid.
- Dubois, P. du (2021) *Trojan horse. Saving the classics from conservatives*. New York: NYU Press.
- Entrialgo, M. (2024) *Malismo: La ostentación del mal como propaganda*. Madrid: Capitán Swing.
- Español, D. y Franco, J. (2021) *Recreación histórica y didáctica del patrimonio: nuevos horizontes para un cambio de modelo en la difusión del pasado*. Gijón: Ediciones Trea.
- Fabien van Geert, F. (2020) *Du musée ethnographique au musée multiculturel. Chronique d'une transformation globale*. Paris: La Documentation Française.
- Gifford-Gonzalez, D. (1993) 'You can hide, but you can't run: Representation of women's work in illustrations of palaeolithic life', *Visual Anthropology Review*, 9, pp. 3–21.
- González Gutiérrez, P. (2018) 'Cuando solo nos queda enseñar las cartas: sesgos androcéntricos en el análisis de la vida de Trota de Ruggiero', *Nomadías*, 25(1), pp. 55–67.
- González Gutiérrez, P. (2021) *Soror. Mujeres en Roma*. Madrid: Desperta Ferro.
- González Gutiérrez, P. (2025) *¿Existieron las romanas?* Madrid: Akal.
- Grever, M. y Van Nieuwenhuysse, K. (2020) 'Popular uses of violent pasts and historical thinking', *Journal for the Study of Education and Development*, 43(3), pp. 483–500.
- Haraway, D. (1984) 'A cyborg manifesto', *Socialist Review*, 15, pp. 65–107.
- Hernández Corchete, S. (2008) *La historia contada en televisión: el documental televisivo de documentación histórica en España*. Barcelona: Gedisa.
- Hodkinson, S. (2022) 'Spartans on the Capitol. Recent far-right appropriations of Spartan militarism in the USA and their historical roots', in Beerden, K. and Epping, T. (eds.) *Classical controversies: reception of Graeco-Roman antiquity in the twenty-first century*, pp. 59–84. Leiden: Sidestone Press.
- Hornos, F. y Rísquez, C. (2000) 'Paseando por un museo y buscando el lugar de la mujer', *Arqueología espacial*, 22, pp. 175–186.
- Mantilla, K. (2015) *Gender trolling: How misogyny went viral*. Santa Barbara: Praeger.
- Naerebout, F. G. (2022) 'Introduction: stop the steal!', in Beerden, K. and Epping, T. (eds.) *Classical controversies: reception of Graeco-Roman antiquity in the twenty-first century*, pp. 59–84. Leiden: Sidestone Press.
- O'Connor, J. E. (2001) 'History in images/images in history: Reflections on the importance of film and TV study for an understanding of the past', *The American Historical Review*, 93(5), pp. 1200–1209.
- Paz, M. A. (2015) 'Usos públicos de la historia en la Transición española. Divulgación histórica y debate en Televisión Española (1978 a 1985)', *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 33, pp. 275–302.
- Piñeiro Otero, T. et al. (2024) '¿Sueñan los troles con mujeres en el poder? Una aproximación al troleo de género como violencia política', *Anuario electrónico de estudios en comunicación social "Disertaciones"*, 17(2), a.13988.
- Querol, M. A. (2013) 'Las mujeres en los discursos y representaciones de la Prehistoria: una visión crítica', in Domínguez, A. (ed.) *Política y género en la propaganda en la Antigüedad: antecedentes y legado*, pp. 63–80. Gijón: Trea.
- Sánchez Romero, M. (2022) *Prehistoria de mujeres*. Madrid: Destino.
- Segura Graiño, C. (2001) 'Actividades remuneradas y no remuneradas de las mujeres en la Edad Media hispana', in V.V.A.A. (eds.) *Aragón en la Edad Media: rentas, producción y consumo en España en la baja Edad Media. Sesiones de trabajo*, pp. 109–120. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Skinner, M. (1987) 'Classical studies, patriarchy and feminism: The view from 1986', *Women's Studies International Forum*, 10, pp. 181–186.
- Stone, L. (1985) 'Only women', *The New York Review*. Available at: <https://www.nybooks.com/articles/1985/04/11/only-women/> (Accessed: 23 December 2025).

- Venegas, A. (2023) *Pantallas de la memoria. Cómo y por qué las imágenes digitales transforman nuestra idea de la historia*. Madrid: Clave Intelectual.
- Zuckerberg, D. (2019) *Not all dead white men. Classics and misogyny in the digital age*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

RECURSOS WEB

- EXIST Project (2021) 'Resultados del proyecto'.
 Disponible en: <https://nlp.uned.es/exist2021/> (Consultado: 23 de diciembre de 2025).
- Independent (2019) 'Paul Gauguin, National Gallery, #MeToo...'.
 Disponible en: <https://www.independent.co.uk/arts-entertainment/paul-gauguin-national-gallery-me-too-art-harassment-assault-a9216801.html> (Consultado: 23 de diciembre de 2025).
- PSMag (2013) 'Women aren't welcome on the internet'.
 Disponible en: <https://psmag.com/social-justice/women-arent-welcome-internet-72170/> (Consultado: 23 de diciembre de 2025).
- The Guardian (2014) 'Mary Beard: vocal women treated as freakish androgynes'.
 Disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2014/feb/14/mary-beard-vocal-women-treated-freakish-androgynes> (Consultado: 23 de diciembre de 2025).
- Wondermark (s. f.) 'Comic #1062'.
 Disponible en: <https://wondermark.com/c/1062/> (Consultado: 23 de diciembre de 2025).
- YouTube (s. f.) '[Vídeo]'.
 Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=yRNt7ZLY0Kc> (Consultado: 23 de diciembre de 2025).